

PESOZ: LA ASTURIAS PERDIDA

El cuidado de las vacas es siempre trabajo exclusivo de las mujeres

Ningún hombre, aunque haya terminado su tarea, interviene en las faenas del ganado

Desde Herias trasladaron a una mujer enferma en un cojín sobre una escalerilla

Casi todos los jóvenes se van a trabajar a las minas o emigran al extranjero

Por Juan de LILLO

CAPITULO II

—Hace diez días llegué de un sanatorio de Oviedo. Estuve varios meses enfermo. Ahora parece que ya voy mejor, pero no puedo trabajar. Es mi mujer quien lo hace por mí. En el tiempo que yo estuve internado, ella trabajaba en varias casas. Era la única manera de tener algo de dinero. Ahora tendrá que volver, como yo no puedo hacer nada...

Durante el tiempo que José Jardón estuvo en Oviedo, sus cuatro hijos se quedaron solos en la vivienda de la ventana pequeña y de las paredes de piedra recubiertas con papeles de revistas de la «belle époque». Ellos mismos se hicieron la comida en un fuego que encendían en el suelo sobre una losa de pizarra.

Una vez que pude hacerme a aquella penumbra agravada por el humo, pude ver toda la vivienda: era una sola habitación no muy amplia, con tres camas hechas de manera tosca, en las que se notaban aún las huellas del hachazo; una mesa del mismo estilo y un armario empotrado de puertas ahumadas donde José guardaba toda la documentación mezclada con los platos de la comida. Colgadas en un alambre varias prendas de vestir.

—Mi única propiedad es esta casa. El resto, las fincas, y las dos vacas, son tomadas a medias: al dueño tengo que darle la mitad de la cosecha. Algunas veces cuando las cosas me fueron mal tuve que comprar patatas para pagar la renta. Esta tierra es muy mala. Tenían que llevarnos para abajo, donde hubiera otras tierras mejores, que por lo menos rindieran en proporción a nuestro trabajo. Creo que se habló de eso. Aquí todos lo recibieron con alegría, aunque cuando llegó el momento de marchar sintiéramos separarnos de esta tierra dura para nosotros, que ya han trabajado nuestros antepasados.

Durante su estancia en el sanatorio, alguien que, conoce los problemas de estas gentes y que las comparte cada día, solucionó algunos detalles económicos que, por dificultades, no habían podido solventar.

—No tenían por qué haber hecho eso. Yo tengo dinero. La hubiera pagado yo.

El amor propio y la susceptibilidad es una consecuencia de la importancia por falta de medios y es común a todas estas gentes buenas y sacrificadas.

Mientras hablaba con José Jardón entró en la vivienda una vecina del pueblo. Saludó muy correctamente y preguntó a don José, el cura:

—¿Hay subasta hoy? Es que tengo carne ofrecida a animales y San Antonio...

—No, ya no volverá a haber subasta. La carne cómala usted que le hace más fal-

ta. Yo que soy sacerdote puedo eximirla de cumplir con este compromiso.

—Entonces le daré el dinero.

—Tampoco. San Antonio y las ánimas no necesitan dinero, en cambio usted sí. Vaya tranquila.

Aquellos de las ánimas, San Antonio y la subasta me intrigó. Pregunté a José Jardón:

—Es corriente que cuando llega el cura se realice la subasta pública con las ofrendas que la gente hace. El importe se dedicará a misas por las intenciones del donante y de todo el pueblo. Pero ahora, desde hace tiempo, ya no se hace nada de esto.

en Herias quedan muy pocos jóvenes. La mayor parte de ellos se fueron a trabajar a las minas. Otros se fueron a hacer el servicio militar y ya no volvieron. Sin embargo aún quedan algunos que no pueden marchar porque tienen que trabajar la tierra y ayudar a los viejos en otras labores domésticas. Hablé con dos de ellos, Moisés y José Antonio, que nos habían ido a buscar con las caballerías. Moisés nunca salió de esta zona. Tiene diecisiete años. José Antonio estuvo en Valladolid haciendo el servicio militar.

—Me hubiera gustado quedarme, pero tuve que volver al pueblo porque mis padres estaban solos. Otro hermano mayor se había ido ya a trabajar a la mina; está en El Entrego.

A media noche una densa bruma envuelve el pueblo. Apenas se puede ver el camino. Las casas desaparecen a medida que nos alejamos unos metros. José Antonio y Moisés se despiden de nosotros. Se marchan, pueblo adelante con las caballerías que ya no usaremos en el viaje de vuelta porque el camino es demasiado empinado y es peligroso hacerlo a lomos de una mula. Resultaba mucho más fácil bajar andando.

A mitad del camino encontramos a Justo el barquero:

—Venía dando un paseo

para entrar en calor. Allá abajo en el embalse no hay quien pare. El frío y la humedad me calaban hasta los huesos y corría el peligro de quedarme aterido.

Durante los tres cuartos de hora que duró el descenso por el camino de piedras磨edizas, Justo me habló de sus proyectos de abandonar el transporte a través del río.

—Cobro por cada viaje cierto número de pesos que me pagan entre todos los viajeros. Pero no hago muchos y el día que me avisan pierdo toda la mañana que necesito para trabajar mis tierras.

Observé que cuando los habitantes de estos pueblos se referían a las faenas del campo o a las puramente domésticas, ninguno, hacía mención de las vacas. Toda su preocupación giraba siempre en torno al campo, a la cosecha de vino y a las patatas.

—En el trabajo de la cuadra y el cuidado de las vacas es cosa de las mujeres. Ellas las ordeñan, las limpian, las llevan al monte, se preocupan de darles comida, aunque el hombre o los hombres de la casa hayan terminado ya sus faenas, y estén tranquilamente sentados en su casa o en el bar. Aquí, salvo que no hayan mujeres en casa, casi ningún nombre se ocupa de estas faenas.

—Hace quince días —dice Justo— bajaron desde Herias a una mujer que se puso enferma. Su estado no permitía hacerlo en una caballería por las dificultades del camino: la bajaron en un cojín colocado en una escalera. Yo les esperaba con la lancha. Tardaron más de tres horas. Fue un viaje dramático que conmovió a todos los vecinos de los pueblos de los alrededores. Hace unos días pregunté por ella y me dijeron que ya estaba bien, pero que había estado muy grave. Aquella procesión silenciosa y patética le salvó la vida.

Durante todo el camino de vuelta hasta llegar a Pesoz nos siguió el mismo silencio

que me había recibido a mi llegada al pueblo. Pero esta vez no encontré ni siquiera a un niño de nariz amarillenta por el frío. Parecía que no hubiera seres humanos. Sin embargo, de las montañas vecinas colgaban las casas donde vivían aquellos hombres de buena voluntad, trabajadores, a quienes la tierra les niega el fruto de su esfuerzo duro y abnegado.

Mientras Justo remaba con ritmica lentitud, iba quedando atrás el «carreiro del cura», nombre que los nativos dan al camino pedregoso y abrupto que sube hasta Herias.

(Fotos Trabanco)



DESDE MANANA

- * JERSEYS...
- * CONJUNTOS...
- * TRAJES DE BAÑO...
- * VESTIDOS...
- * PRENDAS SUELTA...

TODO CON GRANDES REBAJAS

TODO DE INTERES PARA USTED

VENTA «T.N.»

DE

Galerias Principado

REPRESENTANTE ASTURIAS

introducido tiendas confección niños, precisa fábrica de zapatos bebé, conf. anoraks niño, etc. Máxima referencia. Dirigirse a J. Latorre. Riera Erender, 32, primero. Barcelona-14.